



APRENDER CON CUENTOS

—María Menéndez—Ponte—

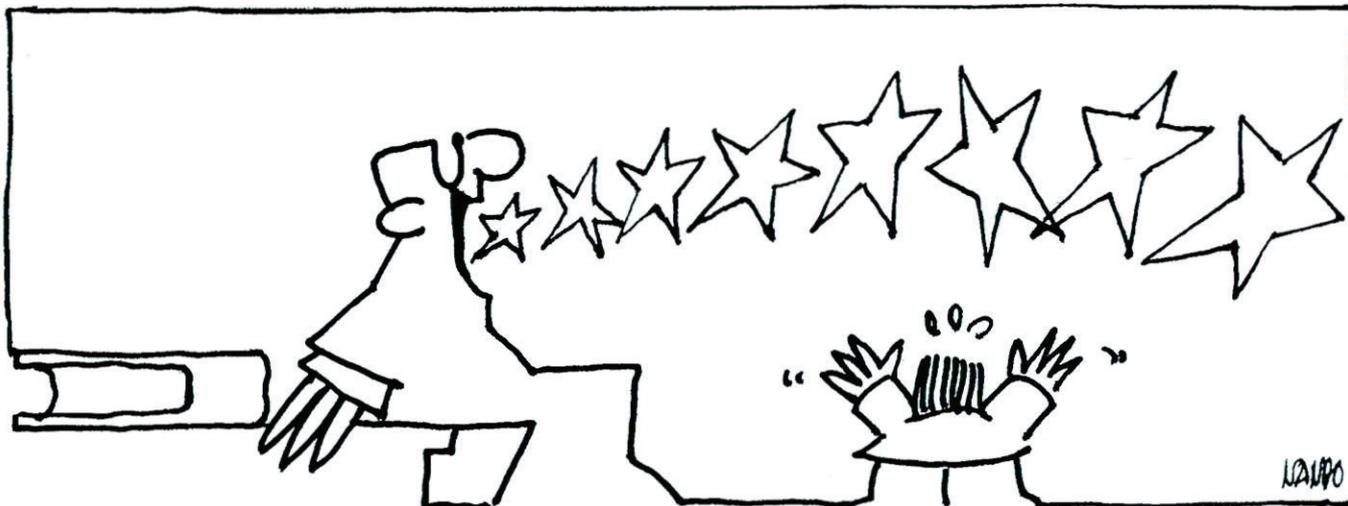
Todos recordamos perfectamente los cuentos de nuestra niñez: Caperucita Roja, El Patito Feo, La Cenicienta... En cambio, son pocos los que recuerdan las reglas de ortografía, los accidentes geográficos o lo que es el máximo común denominador. ¿Por qué, entonces, no recurrir al cuento como un instrumento de aprendizaje? Cuentos para motivar, cuentos para repasar, cuentos para globalizar, cuentos para trabajar los transversales, cuentos para memorizar, cuentos para evitar errores frecuentes, cuentos para trabajar la expresión oral, el esquema corporal... Si los cuentos funcionan, vivamos del cuento.

¿Y dónde están esos cuentos?... Entre todos vamos a inventarlos. Sólo hay que echarle un poco de imaginación y muchas ganas. Esperamos que estos ejemplos, pautas e ideas os ayuden a poner en práctica en el aula un método infalible de aprendizaje.



Cuentos para motivar

Si uno llega a clase y dice: “Niños, hoy vamos a hablar de las oraciones. Una oración es...”, lo más seguro es que en ese momento la mitad de la clase desconecte, a pesar de nuestro entusiasmo. Si, en lugar de eso, el profesor entra en clase y dice con voz de robot: “Niño. Suelo. Al. Cae. Se. El”, los alumnos pensarán que el profesor se ha vuelto loco, pero, casi con toda seguridad, ninguno habrá desconectado. Y, antes de que les dé tiempo a digerir la sorpresa, el profesor insistirá: “Tenemos. No. Tizas. Escribir. La. Para. Pizarra. En”. Esto producirá desconcierto... ¿Qué le pasa al profesor? Y de pronto, click, una sacudida o un ataque de tos... “¡Ah, por fin he recuperado el habla terrícola! ¡Qué alivio! —exclama el profesor muy apurado—. Lo siento, niños, vengo del planeta Sinsentido y allí no hablan con oraciones. Allí dicen palabras sin sentido, porque para eso son *sinsentidianos*. Y claro, cuando uno lleva allí mucho tiempo, acaba por olvidarse...” A partir de ahí, la clase girará en torno al planeta Sinsentido: ¿Cómo se comunican? ¿Qué pasa cuándo quieren preguntar algo?... ¿Cómo dirían esta oración los *sinsentidianos*? Mirad, aquí tengo un mensaje de ellos. ¿Podrías traducirlo a nuestro lenguaje?... Seguro que al final de la clase a ningún niño se le olvidará lo que es una oración. Para qué sirve. Las clases de oraciones, etc...



Cuentos para repasar

Los huesos...

Voy a contaros una historia que le ocurrió el otro día a un amigo. Iba andando hacia su trabajo, cuando oyó una voz a sus espaldas: “Por favor, ¿le importaría recogerme el omóplato?”. Impulsado por la curiosidad, mi amigo se volvió inmediatamente y se encontró frente por frente con un esqueleto. La impresión fue tan grande, que no pudo chillar ni articular palabra; ni siquiera desmayarse. El esqueleto, mostrando un montón de huesos que llevaba en la única mano que tenía en condiciones, volvió a decir: “Si yo me agacho, me desarticulo por completo.... Mire, ya se me han caído el húmero, el cúbito y el radio”. Mi amigo seguía completamente paralizado, así que el esqueleto insistió con una sonrisa que le convirtió la sangre en horchata. “Por favor, espero que lo comprenda...”

Mi amigo, a pesar del shock, clavó sus ojos en el suelo y vio que efectivamente allí yacía un hueso plano y redondeado en medio de la acera. Como si estuviera bajo los efectos de algún tipo de hipnosis, se agachó mecánicamente, lo recogió y se lo alargó al esqueleto. “Te...te...tenga” –balbuceó–. El esqueleto esbozó otra de sus escabrosas sonrisas. “Sé que estoy abusando de su confianza, pero ¿le importaría colocármelo? –le pidió–”. Mi amigo, que nunca había visto un omóplato en su vida y se desmaya sólo con ver sangre, se acercó con manos temblorosas al esqueleto. “Debajo de la clavícula” –le indicó éste con la mayor naturalidad. Era tal el tembleque, que mi amigo le incrustó el omóplato entre las costillas. “¡Ay! –se quejó el esqueleto. “Pe... pe... perdone” –se disculpó mi amigo– “Es que no tengo práctica de estas cosas”. Agarrando al esqueleto por el esternón, lo volvió a intentar de nuevo. ¡Clink, clank, clonk! Mi amigo contempló con horror cómo un montón de huesos caían a sus pies. “¡Lo... lo... lo siento de veras! ¡Qué desastre! No sé qué decir...” “Tranquilícese –dijo lo que quedaba de esqueleto– esto me ocurre a menudo. Bueno..., el caso es que ahora usted va a tener un poco más de trabajo”. Mi amigo, que es incapaz de hacer un puzzle, agarró un hueso largo e intentó colocárselo a modo de brazo. “Eso no va ahí. Es el fémur” –le advirtió el esqueleto...

La historia se puede alargar hasta repasar cada uno de los huesos. Los niños pueden dibujar el esqueleto y los huesos según la historia que va contando el profesor. O incluso hacer unos huesos en *papier maché* o cartulina y representar la historia.

Otra forma de repasar es que los propios alumnos escriban e ilustren un cuento con los contenidos del tema en cuestión –el adjetivo, el crecimiento, los invertebrados, los polígonos, la multiplicación, etc.–. Con ello conseguiremos que aprendan un tema y no lo olviden, pero además habremos conseguido que desarrollen la imaginación, relacionen lo aprendido de una manera creativa, aprendan a escribir y dibujar y, lo más importante, que se diviertan aprendiendo.

Cuentos para globalizar

Una clase de 4º de Primaria. Los alumnos acaban de dar en Lengua la comunicación, familias de palabras, la descripción y palabras con los sonidos “za”, “zo”, “zu”, “ce”, “ci”. En Conocimiento del Medio han estudiado los sentidos. Y en Matemáticas, números hasta el 100.000, problemas de sumas y restas y los números ordinales.

¿Alguien conoce a los *zazoplástidos*? ¿No? Pues los *zazoplástidos* son los eternos enemigos de los *cerecídidos*. ¿Tampoco conocéis a los *cerecídidos*? Está bien, empezaré, pues, desde el principio. Hace exactamente 99.000 años un meteorito fue a estrellarse en la Tierra precisamente en el lugar donde en ese mismo instante se estaba produciendo un terremoto. De la energía resultante, los restos del meteorito cobraron vida; como también cobraron vida las cerezas del árbol contra el que se estrelló el meteorito.

Los restos del meteorito se convirtieron en *zazoplástidos*. ¿Y cómo eran los *zazoplástidos*? Pues bien, su cuerpo era tan blando y su epidermis tan sensible que cambiaban de forma al tacto; o sea, cuando alguien simplemente les rozaba la piel. Les faltaban los órganos de la vista. Y, a pesar de tener lengua, tenían atrofiado el sentido del gusto, ya que carecían de papilas gustativas. En cambio tenían el olfato y el oído tremendamente desarrollados. La mitad de su cuerpo eran dos enormes fosas nasales recubiertas por una poderosa pituitaria, a la que no se le escapaba ni el más mínimo tufillo. Y la otra mitad eran dos

grandes orejas que guardaban a un oído medio y a un oído interno capaces de detectar el más inaudible bisbiseo.

Los cercécidos, por el contrario, tenían la epidermis tan dura como las uñas de los seres humanos. Eso, unido a su forma de cero pelotero, hacía que rodaran con una gran facilidad. Sólo por sus ojos se podía saber cuál era la parte de arriba de su cuerpo y cuál era la de abajo. Sus ojos eran dos auténticos periscopios, dotados de una retina que hasta les permitía distinguir un pelo volando a 75.000 pasos. Y sus numerosas lengüecillas captaban y clasificaban al instante cualquier sabor por extraño que fuera: dulce, salado, ácido o amargo. Sin embargo, carecían de olfato y su oído era más bien defectuoso, pues, además de faltarles la trompa de Eustaquio y la caja del tímpano, en el oído interno tenían un laberinto tan sumamente complejo que cualquier ruido se perdía antes de llegar al cerebro. Uno puede pensar que dos seres tan absolutamente diferentes podían resultar complementarios, ya que lo que a uno le faltaba, el otro lo tenía. Y efectivamente así fue en un principio. La comunicación era perfecta. Cuando los zazoplástidos decían: “¡Zambomba, zarpamos en la zanahoria!” Los cercécidos respondían: “¡Centella, centelleamos en la cebolla!” Y así pasaban el tiempo felices y contentos. Durante 37.000 años reinó entre ellos la más absoluta armonía. Hasta que un día una discusión sin importancia vino a turbar la paz que disfrutaban.

—¡Zapateta, qué ceporro de ceporro! —dijo un cercécido.

—Dirás Cepateta —le corrigió un zazoplástido.

—Pues no, digo “zapateta”, palabra que como sabrás es de la misma familia que “cepa” —insistió el cercécido.

—¡Zote, más que zote! Zapateta viene de zapato lo mismo que zapatería, zapatilla, zapateado o zapatazo, que es lo que te voy a dar ahora mismo —gritó el zazoplástido quitándose un zapato y atizándole con él al cercécido.

Esta fue la primera discusión de una serie de ellas. La última fue la más estúpida de todas, pero también la más violenta.

—Nosotros somos los terceros en zanganear —dijo el más bruto de los zazoplástidos.

—Vosotros no podéis ser terceros, ni décimos, ni undécimos ni duodécimos, porque esos lugares son nuestros por derecho propio ¡Ceporro, más que ceporro! —le gritó el más gallito de los cercécidos.

—¡Eso sí que no! Nosotros somos décimos y undécimos y duodécimos, porque décimo viene de diez, que es nuestro. ¡Zote más que zote! —dijo el zazoplástido retorciéndole al cercécido una de sus lengüecillas.

—Muy bien, cigüeño descerebrado, entonces resuelve este problema —le gritó el cercécido—. Si los cercécidos, para ir de viaje, alquilamos un autobús de cincuenta plazas y quedan cuarenta vacías, ¿cuántos cercécidos vamos en total al viaje?

El zazoplástido tardó por lo menos 10.000 segundos en responder, pues ya hemos dicho que era el más bruto de todos. Pero, después de contar un montón de veces por los dedos y darles unas cuantas vueltas a las orejas, dijo:

—Cinco.

—¡Ceporro, ceporro y triple ceporro! Son diez. No tienes ni idea de matemáticas.

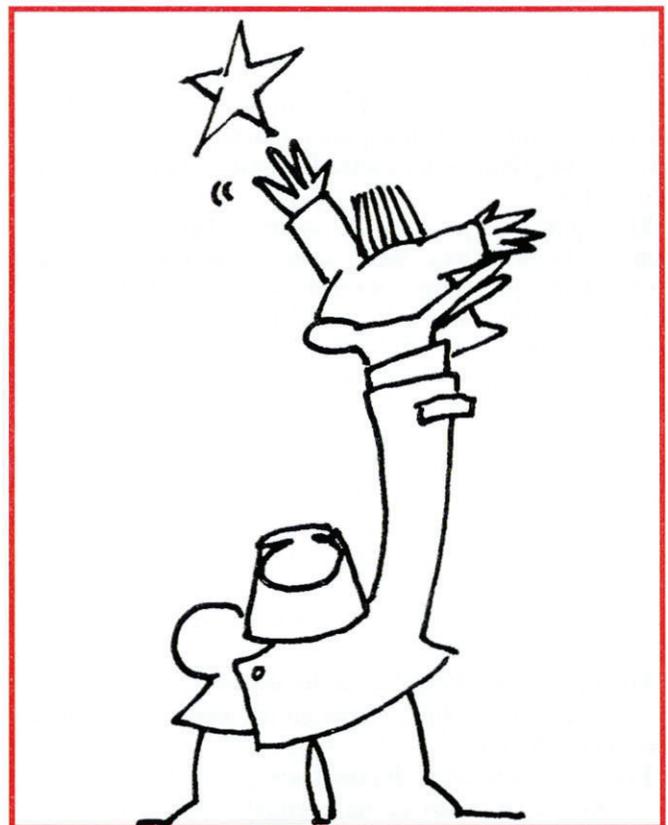
—¡Y tu eres un zote y diez veces zote! Diez se escribe con “z” y por tanto es un número nuestro, así que no hay más que hablar.

De pronto, sin saber cómo ni por qué, los zazoplástidos se enzarzaron en una pelea brutal con los cercécidos. Y, a partir de ahí, se declararon enemigos irreconciliables.

—Actividades—

(Éstas que proponemos son sólo un ejemplo de otras muchas que se pueden hacer)

1. Dibujar a un zazoplástido y a un cercécido según la descripción del cuento.
2. Decir qué características tienen uno y otro.
3. ¿Por qué los zazoplástidos tenían el gusto atrofiado? ¿Y por qué era defectuoso el oído de los cercécidos?
4. Si los zazoplástidos y los cercécidos están en la tierra desde hace 99.000 años y 37.000 los vivieron en paz. ¿Cuántos años llevan peleados?
5. ¿Quién crees que tenía razón en la discusión sobre la familia de palabras de “zapateta”, los cercécidos o los zazoplástidos?
6. En la discusión sobre los números ordinales, ¿cuál de ellos se basa en un criterio matemático y cuál en un criterio lingüístico?
7. Inventar una discusión entre los cercécidos y los zazoplástidos.
8. Escribid estas palabras y decid si pertenecen a los cercécidos o a los zazoplástidos: tiza, cazo, cigüeña, cerilla, zumo, cocina, zueco...
9. ¿Cómo se comunicaban los cercécidos y los zazoplástidos?
 - a) por señas b) por los sentidos c) por palabras d) por gestos e) por lenguaje hablado f) por lenguaje escrito g) por sonidos h) por ruidos.
10. Di una frase como si fueras un zazoplástido y otra como si fueras un cercécido.



Cuentos para trabajar los transversales:

(Este es un cuento para educar a los más pequeños en la importancia de la buena alimentación, pero cualquier cuento sirve para poder trabajar cualquiera de los transversales en el aula).

Hociquitos, Flip y Cro-Cro corrieron a buscar a su amiga Sisita. La ardillita Sisita estaba tumbada boca arriba en su árbol.

—¡Sisita, corre, salta, brinca, nos vamos de excursión a la montaña grande! —dijo el conejo Hociquitos.

—Saltaremos por las flores y la hierba mullidita —dijo el saltamontes Flip.

—Y nos bañaremos en la laguna—dijo la rana Cro-Cro.

Pero Sisita no movió ni la cola; permaneció en el árbol exactamente en la misma posición que estaba.

—Id vosotros, yo estoy cansada —dijo.

—Venga, Sisita, tú nunca estás cansada —protestó Hociquitos.

—Siempre estás saltando de árbol en árbol —dijo Flip.

—Y te encantan las excursiones —añadió Cro-Cro.

Pero Sisita insistió:

—Id vosotros, yo estoy cansada.

Hociquitos, Flip y Cro-Cro se miraron asustados.

—A lo mejor estás enferma —apuntó Hociquitos.

—No estoy enferma. Si estuviera enferma, tendría las orejas caídas y el hocico rojo; sólo estoy cansada. ¿Acaso no puedo estar cansada? —les respondió con mal humor.

Hociquitos, Flip y Cro-Cro se despidieron y se marcharon a la montaña grande. Al poco tiempo, Sisita sintió su estómago vacío. Entonces se acordó de las deliciosas golosinas que había en el parque donde iban a jugar los niños. Y corrió hacia allí.

Sisita comió palomitas dulces. Comió patatas fritas. Se relamió con un enorme bastón de caramelo que algún niño había tirado al lado de la papelera. Engulló medio paquete de gominolas. Y por último se zampó un sandwich de crema de avellanas algo mordisqueado.

Luego se volvió al bosque y se tumbó en su árbol. Allí la encontraron sus amigos, al regreso de la excursión.

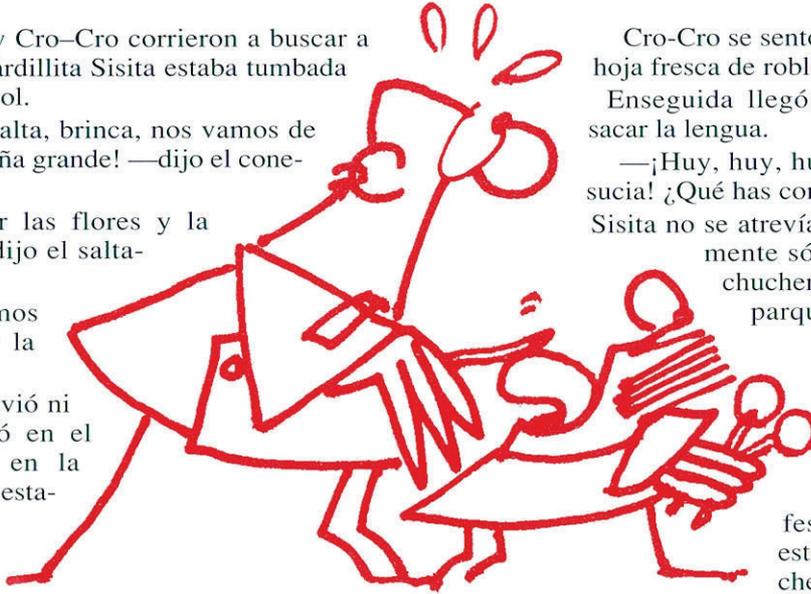
—¡Ay, ay, ay, cómo me duele la barriga! —se lamentó Sisita.

Hociquitos corrió en busca del doctor.

—¡Ay, ay, ay, cómo me duelen los dientes! —volvió a lamentarse Sisita.

Flip corrió en busca del dentista.

—¡Ay, ay, ay, todo me da vueltas!



Cro-Cro se sentó a su lado y le puso una hoja fresca de roble en la frente.

Enseguida llegó el doctor y le mandó sacar la lengua.

—¡Huy, huy, huy, menuda lengua más sucia! ¿Qué has comido?

Sisita no se atrevía a confesar que últimamente sólo se alimentaba de las chucherías que encontraba en el parque. Pero el dentista la descubrió.

—¡Puff! ¡Sus dientes están llenos de azúcar! ¡Y tiene dos caries!

Finalmente Sisita confesó que, de un tiempo a esta parte, sólo comía chucherías. El doctor la puso a dieta. Y el dentista le em-

pastó las caries. Desde ese día, Sisita volvió a comer frutos secos, que es lo que siempre han comido las ardillas. Y de nuevo se sintió ágil y fuerte. Con ganas de ir de excursión y de jugar con sus amigos.

—Actividades—

1. ¿Qué ocurre cuando uno se alimenta sólo de chucherías?
2. ¿Qué comen las ardillas?
3. ¿Qué chucherías comió Sisita en el parque?
4. Los niños dividen una hoja de papel en dos: en un lado dibujan las chucherías que comió Sisita y en el otro lo que deben comer las ardillas.
5. El profesor/a dibuja en la pizarra alimentos de todo tipo y chucherías. Los niños tienen que dibujar en sus hojas los alimentos separando las chucherías de los buenos alimentos.
6. Los niños, junto con el profesor/a, piensan un menú equilibrado para cada comida del día: el desayuno, la comida, la merienda y la cena.
7. Los niños, por grupos, preparan una ensalada con los siguientes ingredientes: lechuga, tomate, pepino, zanahoria rallada, atún, aceitunas, aceite de oliva y vinagre. Cada grupo tiene una función: lavar las hortalizas, cortarlas o rallarlas, meter los ingredientes en la ensaladera, aliñar la ensalada y removerla.
8. Con plastilina hacen distintos alimentos y los colocan en la sección correspondiente en el supermercado (el profesor hace carteles para cada uno): carne; pescado; lácteos; fruta y verdura; galletas, bollos y pan.